

mario garcía

nada, nada, nada...

... Y cuando la señora de la otra cuadra me puso las manos en los brazos para despedirse. Llevaba dos horas diciendo cosas de llorar sin llorar. Cerca, cerquita de caer en la congoja ciega, negra, pero aguantando mientras hablaba, hablaba e inventaba sonrisas y esperanzas, y fabricaba un tono casual, como que claro a quién se le ocurre, pero viste por si acaso una pregunta cualquier cosa porque por ahí, decime, yo sé que no puede ser porque ya he preguntado pero igual, viste, quién sabe, por ahí, una siempre, decime, ahí donde estabas vos no había ningún sitio con gente que no salía a recreo, que no se sabía el nombre. Yo una vez fui a esa cárcel y hablé con un oficial, uno de estrellas acá, estuvo amable, me explicó que no, que era todo por la ley allí, que yo tenía que averiguar en otra parte por mi chico, ir al juez, esas cosas, ya sé, pero igual, una nunca sabe, decime...

Y contaba sus entrevistas y correspondencias y visitas diarias al correo con docenas de cartas para despachar y sus conversaciones de todos los días con tanta gente, y no insistía para nada con lo de "soy madre", una fuerza asombrosa en esa señora visiblemente criada para no conocer problemas, ignorante de maldades y conjuras toda su vida, una fuerza tremenda para quitarle cacareo de gallina que busca al pollito perdido a sus penas, una fuerza tremenda sacada de rasguñar y chocar todos los días con el silencio, la confabulación de que no pasa nada, de que esto puede pasarle a uno que otro pero por algo será, en todo caso es como el cáncer, nada de reclamos ni de líos. "Hay doscientos desaparecidos en Bahía y no somos ni cuarenta padres que firmamos cosas y nos movemos". "No hay un cura que nos quiera escuchar, y

yo siempre tan católica". "Decime, vos que estuviste..." Qué podía decir yo, qué contestarle, cómo alentarla sin mentirle, pero esa mujercita todavía joven, vestida con cuidado, sabía bien que yo no podía decirle nada, nada, nada, nada. Que en mi cárcel no había desaparecidos a mi vista, pero que era poco lo que yo veía u oía, pero que en casi tres años nunca... Y de esa plata que le pidieron por teléfono, en fin, de esas cosas sí escuché muchas veces pero desgraciadamente ya se sabe que son policías que se hacen unos pesos así pero qué le van a decir, qué sabe, ellos se enteran y aprovechan... Pero no hacía falta que dijera nada. Ella conocía todas las respuestas. Hablaba porque quería hablar, porque yo y mi vieja éramos gente que la podía escuchar y hasta entender, algo que ella no encontraba casi nunca. Hablaba y compartía ese rato con una madre y un hijo que sí habían vuelto a verse, con un hijo que no estuvo y ahora estaba, con un milagro como el que deseaba para ella. Y hacía sus sonrisas con perfecto entrenamiento, y escapaba con habilidad de los momentos en que la voz se le estaba por quebrar, y se disculpaba por estar molestando, y desestimaba su preocupación cuando recordaba su seguridad de que el chico volvería, "cómo se va reír Carlitos cuando vea lo que he aprendido estos años", "lo que me va a decir cuando sepa que ahora leo hasta el diario inglés, yo que leía Claudia nada más", "cómo va a..."

Y se paró con elegancia, le recomendó a mi vieja que no se apurara a dejar la cama con ese reuma, le dio un beso, muy sobria, y salimos del dormitorio. En el jolcito se detuvo y me dijo "no, no me acompañes a la puerta de calle, no te conviene", con voz bastante segura, y se me puso enfrente para darme un beso de despedida. Seguía tratándome como a un chico con su tuteo, su "no te molestes, nene" cuando le ofrecí hacerle un cafecito, su "volvió el nene, estará chocha, chocha" a mi vieja. A mí, que tendré cinco años menos que ella cuanto mucho. Se me puso enfrente para despedirse como una tía afectuosa. Le empezaron a parpadear los ojos, yo hacía fuerza para acompañarla en su contenerse; pero nos rompimos los dos. Ya no habló. Nos abrazamos. No habló. Sollozaba para adentro. Se le sacudía el pecho. Tan deshecha, tan frágil, tan impotente yo. Yo apretaba los ojos como un loco y me mordía los labios para tener otra cara cuando ella me soltase. Me soltó, pero no me miró. Hizo como que buscaba algo en la cartera pero no sacó ni un pañuelo. Se dio vuelta, levantó la cabeza y salió a la calle. J

